

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.

Año II.

SALE DOS VECES AL MES.

Núm. 44.

ADVERTENCIA.

La administracion del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscritores, espera que estos harán las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose á su administrador D. Vicente Cosla, calle de Sao Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicacion, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse á la redaccion del periódico, calle de Caslaños, núm. 33.

ALICANTE, 30 DE OCTUBRE DE 1873.

LA MEJOR PREDICACION.

IV.

Todo cuanto se realiza en el mundo, cuantos hechos registra la mano del tiempo en los fastos de la historia, cuantos acontecimientos se precipitan sobre la conciencia para perturbarla y acongojarla mas ó ménos profundamente, todo, absolutamente todo, se cumple obedeciendo á un principio de estric-

ta justicia, á un fin providencial que el hombre, en la pequeñez de su inteligencia, no puede generalmente comprender. Todo conspira á un fin santo que tiene por objeto el perfeccionamiento de la humanidad, y para que se verifique, los sucesos todos, de cualquiera naturaleza que sean, por heterogéneos y contradictorios que parezcan, por extraños é injustificados que se presenten á nuestra limitada comprension, todos se enlazan para formar una série indefinida de perfeccionamientos, una cadena ascendente de eslabones infinitos, que la humanidad ha de recorrer, en las sucesivas peregrinaciones de sus materiales existencias, con tanta mayor facilidad y prontitud, cuanto mejor cumpla la ley de amor y de caridad, que Dios, en su infinita bondad y misericordia, pone á su disposicion, para que camine hácia él y pueda alcanzar un dia la eterna bienaventuranza.

Nada hay, en la vida de las generaciones, bueno ó malo, que no tenga su razon de ser. Los adelantos científicos que, dilatando los horizontes del saber, conducen al espíritu humano, paso á paso; al conocimiento de la verdad, los grandes inventos con que se enriquecen las artes y la industria; los acontecimientos políticos, con sus terribles sacudimientos, sus crueles guerras, sus horrosas hecatombes, sus aparentes iniquidades é injusticias; focos inmundos de ruines pasiones, á donde el egoismo y la ambicion arrastran, en constante y fratricida lucha, á

las masas inconscientes que, en la ceguera de su ignorancia, corren, presorosas, en pos de un ideal que no comprenden y que solo al géneo le es dado vislumbrar: la idea religiosa, ese sentimiento purísimo de nuestro ser, tan esencial y tan intimamente ligado á su existencia, por la necesidad que tiene nuestra alma de fe y de esperanza, y que le abre las puertas de la virtud para llegar al conocimiento de Dios; era misma idea, en sus diferentes manifestaciones ó sectas, que se odian y se repelen inconsideradamente, y que fueron y son causa de tantas y tan graves perturbaciones, no son otra cosa, visto todo en conjunto, que etapas del progreso indefinido, que ha de cumplirse al fin, necesaria, pero lenta y gradualmente. Diversidad de ideas y de tendencias que agitan á la humanidad, y que, mal de su grado, convergen á un solo punto, á una sola aspiración, á una sola corriente, al Jordán que ha de absorberlas y confundirlas en sus puras y cristalinas aguas, al espiritismo.

Todos esos acontecimientos de la vida humana, tan arbitrariamente y con tanta injusticia apreciados por no otra pequeña concepción, han tenido su razón de ser y se han cumplido, en su época oportuna, poco á poco, sin dar saltos que los hubieran precipitado, dejando inmensos vacíos que, mas tarde, hubiéramos tenido que llenar necesariamente. Un acontecimiento cualquiera prepara el advenimiento de otro. Para llegar á la edad de la adolescencia, es preciso haber pasado antes por el de la niñez y la infancia; y para que la planta alcance su periodo de fructificación, le ha sido preciso recorrer primero todos los actos preliminares, á su germinación y completo desarrollo. Es ley universal á la cual se halla encadenada la creación entera.

Buda, Pitágoras, Confucio, Sócrates y Platon, todos sucesores de Moisés, é infatigables obreros de la idea religiosa, con sus perseverantes trabajos, con sus incesantes predicaciones, desbastan lentamente la rudeza del sentimiento, transforman las costumbres, modifican y suavizan los caracteres, y preparan el campo, como el labrador sus tierras,

para que la semilla de la nueva idea, el germen del bien, rociado con la savia de la más sublime moral, germinara un día y creciera y se desarrollara al través de las generaciones: y esos mismos géneos con su poderosa inteligencia y su gran virtud, abrieron las puertas al cristianismo, que mas tarde, y por análogos procedimientos, debía preparar el advenimiento del espíritu de verdad, anunciando por el divino maestro: el *espiritismo*.

No se puede, sin menoscabar los mas esenciales atributos de la Divinidad, dejar de reconocer en todos los hechos que presenciemos, cualquiera que sea su índole y las consecuencias que produzcan, una gran justicia, emanada de aquel foco de todas las perfecciones que, con su infinito amor para todas sus criaturas, las abraza hacia sí, purificándolas antes en el crisol de los sufrimientos. Ni una injusticia siquiera hemos de ver en ninguno de sus actos, por mas que nuestra miopia intelectual no pueda ver con claridad la razón que los justifique.

Calamidades llama el hombre á las revoluciones que, como impetuosas avalanchas, que todo lo arrasan, se precipitan sobre la sociedad, cuyos cimientos socavan: calamidades á las guerras, que hacen correr la sangre humana á torrentes: calamidades á las convulsiones geológicas del planeta que, ora agitan comarcas enteras y derriban como cañiles de nubes las mas grandes poblaciones; ora, en horribles inundaciones, como pardales diluvios, arrasan las mas pintorescas campiñas y barren la superficie del suelo cuya vida atrebatan.

Desgracia llama á la pérdida prematura de un padre, de una esposa, de un hijo: hijo que era la delicia de la casa y la esperanza de la familia; esposa modelo de honradez y de virtud; padre sostén de todos; que dirigia con sus solícitos cuidados y sus amorosos consejos. Desgracia al ser que nace lleno de imperfecciones, ya privado de los mas importantes sentidos, ya deforme y obligado á arrastrarse por el suelo, como un reptil; ó imbecil, sin que un destello de inteligencia brille un instante en su alma. Desgracia al asesinato, al robo, al incendio, á las mas hor-

ribles catástrofes, y sin embargo ¡cómo distinto fuera su juicio, si pudiera levantar por un momento el velo que cubre el misterio de aquellos acontecimientos! Entonces vería, de un modo claro y evidente, la razón de ser de aquellos sucesos, su justicia y la cansa necesaria é ineludible que los provoca; y lleno de reconocimiento y gratitud, alabaría á la bondad y sabiduría infinitas que, por tan distintos y ocultos medios, contribuye al perfeccionamiento de la humanidad. Cada acontecimiento, por horrible que nos parezca, es una prueba ó una terrible expiación que ha de contribuir á nuestro adelanto, y cuando estas pruebas afectan á las grandes colas del mundo, es para darlas una enseñanza provechosa, que sirva de ejemplo á los que han sobrevivido á aquellos cataclismos, y para eleccionar á los que sucumbieron expiando sus faltas presentes, ó de anteriores existencias, y cuya verdad ha de reconocer, con todos sus detalles, en la vida de ultratumba. Entonces es cuando soleranta el velo que ocultaba á los ojos corporales la realidad del pasado, se ve todo bajo su verdadero punto de vista, y arrepenitido el espíritu, que se examina así mismo, de cuanto hiciera y practicara, alejado de la ley divina, prepara sus resoluciones para reparar y expiar, en una nueva existencia corporal, que desea y pide la misericordia infinita, todas aquellas faltas: y cuando Dios, por un acto de su bondad inagotable, le concede aquella gracia, vuelve al mundo terrenal, trayendo intuiciones claras de su pasado, que le guían, como faros luminosos, en su nueva existencia.

Así, y solo así se explica y se comprende esa desigualdad en las facultades intelectuales y morales que, con sorpresa encontramos en los diferentes individuos, y que á no considerarlos de este modo, tendríamos forzosamente que atribuir á Dios una notable injusticia. Así se comprenden y se explican también, las desigualdades de las fortunas, las aptitudes distintas, la heterogeneidad de caracteres, y explicadas las múltiples imperfecciones del ser encarnado, que son medios, por él mismo elegidos, para des-

prenderse por la expiación, del peso de gravísimas faltas que en otra existencia cometiera: ¡Justicia divina! exclamaría el hombre si pudiera desgarrar el velo que oculta tantos y tantos misterios puestos fuera del alcance de su razón. ¡Justicia divina que por medios tan variados nos permite reparar nuestras faltas y vernos libres, después de tan penosa peregrinación, del peso abrumador de nuestras culpas! Así nos purifiquemos, para llegar á la morada del Padre, que no cierra á ninguno de sus hijos las puertas de la dicha, el camino que ha de conducirle, con facilidad, hasta él.

¡Ay del desgraciado que no sufra con resignación y paciencia las vicisitudes, los quebrantos, las aflicciones y cuantos dolores morales y físicos tengan á atormentarle en su existencia corporal! Este no es el mundo verdadero del espíritu, tampoco es el mundo de la felicidad y de la dicha, tras la cual corre el hombre, en vano; es mundo de prueba y de expiación. Cada dolor que nos alaca, cada conflicto que viene á perturbarnos, es un medio poderoso, que, para nuestro adelanto moral, para el perfeccionamiento de nuestro ser, pone en nuestras manos la Providencia; que si los sufrimos sin murmurar y aun alabando y bendiciendo á Dios, se aliviarn los sufrimientos de nuestro espíritu que verá gozoso extenderse y dilatarse los horizontes de su dicha.

Probemos á seguir esta línea de conducta; grabemos estas ideas en nuestra mente; la crustémoslas en las profundidades de nuestro ser; tengamos fé en la Providencia que nos ampara siempre, cuando bien obramos; llevemos al corazón la risueña esperanza de no porvenir venturoso; purifiquémosle con el olvido de las ofensas y el perdón de los enemigos, y obrando así, pronto, muy pronto, aun en medio de nuestras mayores aflicciones y de las mas grandes vicisitudes de nuestra vida terrenal, principiaremos á gozar un bienestar, hasta ahora desconocido, una dicha inesplicable que nos aleja, cada dia mas, de las humanas miserias, y una felicidad indecible, justa y merecida recompensa á nuestro comportamiento.

Admitiendo una sola existencia corporal, nada explicamos.

Aceptando, como verdad inconcusa, la pluralidad de existencias de nuestra alma, los fenómenos todos, del mundo físico y del mundo moral, los comprende y explica nuestra razón.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

VI.

La Tierra y la Luna.

(Continuación.)

II.

La abundancia de materia! y la importancia de ésto, nos ha hecho reticar en dos números consecutivos esta sección de la *Revista*. Reanudémosla hoy y estudiemos el cuerpo celeste que gira más próximo á nosotros, nuestro satélite la Luna.

La constante compañera del planeta que habitamos, describe su órbita al rededor del mismo en 27 días, 7 horas, 43 minutos, 11 segundos, éste es el movimiento de revolución sideral de la Luna; pero como la Tierra trazando también su órbita al rededor del Sol, ha adelantado en ese tiempo cierta porción de espacio, la Luna necesita andar casi dos días más, para llegar al mismo punto relativamente á la Tierra; lo que dá la revolución sinódica de 29 días, 12 horas, 44 minutos, 12 segundos. En cuanto al movimiento de rotación de la Luna, emplea ésto el mismo tiempo en dar una vuelta sobre su eje, que en el movimiento de revolución sideral.

Nuestro satélite está alejado de su caótico de gravitación—ó sea de la Tierra—94,230 leguas; pero siendo su órbita una elíptica se acerca á nosotros hasta la distancia de 88,010 leguas en su perigeo, y se aleja á 99,640 en su apogeo. (1)

El diámetro de la Luna no mide más que 3,475 kilómetros, siendo su masa 1/84 de la de la Tierra, su volumen 1/54, y su densidad 5/9 de la densidad terrestre.

El astro que alumbra nuestras noches,

(1) *Perigeo*, punto en que un astro ó planeta se halla más próximo de la Tierra y *Apogeo* cuando está en el máximun de su alejamiento.

presenta constantemente á la Tierra un mismo hemisferio, y por consiguiente éste es el único que ha podido estudiarse; en cuanto al otro, nada positivamente se sabe de él, y es probable que nunca se presentará al hombre encarrado en esta planeta ocasión de verlo; de modo que, sólo podremos indicar algunos de los datos que se han recogido del que se conoce.

El ojo investigador de los sabios armado de poderosos instrumentos, le ha escudriñado atentamente, se ha medido la altura de sus montañas, se han levantado curiosos mapas señalando los accidentes de su suelo, y por último la fotografía ha anclado de él magníficas vistas (1). El telescopio nos pone allí de manifiesto un suelo áspero, erizado de montañas, arribillado por las anchas bocas de numerosos volcanes, que han dejado ya de funcionar, y aquellos lagos y mares que los primeros observadores habían supuesto, y bantizado con los pomposos nombres de *mar de la fecundidad*, *mar de la Serenidad*, *mar de la Tranquilidad*, *lago de los Sueños*, se ha visto que no existen por lo menos con las condiciones tales, y hoy esos supuestos mares se consideran como vastas llanuras, cuyo suelo no refleja la luz solar tan perfectamente como las montañas que los rodean. Las manchas oscuras que notamos á la simple vista, son esas llanuras; encuecas tal vez de antiguos mares y lagos, pero que hoy probablemente no se hallaría en ello una sola gota de agua.

En efecto, si no existe—como aseguran muchos—atmósfera en la Luna, no puede haber allí agua. «La larga discusión sobre la existencia verosímil ó inverosímil de una envoltura atmosférica en el globo lunar, ha tenido por resultado el probar por observaciones precisas de ocultación de estrellas, que no hay refracción alguna de los rayos luminosos sobre los bordes de la Luna (2).»

Y si en la Luna no hay atmósfera, no puede haber agua ni otro líquido semejante en su suelo, si es que existen allí las mismas leyes físicas que en la Tierra.

Todos sabemos qué sucede, si ponemos una cápsula llena de agua bajo la campana de una máquina neumática. Entrarecido el aire por la acción de los pistones; el agua se evapora rápidamente, quedando enjuta la cápsula á los pocos minutos.

Y cuál será la temperatura de aquel suelo, en el caso de que no haya atmósfera? ¿Podríamos compararla con la de nuestras mon-

(1) Véase las de Warren de la Rae.

(2) Humboldt. *Cosmos*.

tañas más elevadas, donde el aire enrarecido no tiene el calor que el Sol envía?

Los rayos del astro luminoso bien duran algunos días aquellas tristes regiones lunares, sin que una sola nube les intercepte el libre paso; pero si no existe atmósfera, ¿no se escapará libremente el calor emitido en el vacío del espacio?

Si es así; ¡cuán tristes serán aquellas áridas llanuras, aquellos picos desprovistos de toda vegetación, aquellas profundas cavidades de antiguos volcanes, mudos, silenciosos sin que ni uno solo dé la más leve señal de vida, sin que ni uno solo eleve en el espacio su vistoso penacho de llamas ó de humo!

El silencio más profundo reina allí, ningún ruido puede agitar las ondas sonoras; puesto que no hay aire. Si alguna roca se desprende de su sitio y baja botando hasta el hondo valle, caerá silenciosa como sino chocara contra las otras; como un poco de algodón que roza el suelo, impidiendo por un leve soplo.

Y si no hay aire, tampoco hay cielo. En vez de esa bóveda azul que se extiende sobre nuestra cabeza, allí solo se verá una inmensidad oscura, negra, sin límites, en la cual se deben distinguir las estrellas, aunque el Sol alumbró, como si estuvieran pegadas sobre aquella especie de crepón funerario que hace las veces de cielo.

Nunca una nube se eleva de aquel suelo; nunca la lluvia ni la nieve desciende sobre aquellos desiertos páramos; nunca el rayo fulgura en las alturas, ni la chispa eléctrica hiere aquellos elevados picos; nunca al viento de las tempestades levanta el polvo del desierto; el silencio de la muerte impera allí de absoluto; es un mundo solitario, abandonado, es un frío cadáver flotando en el inmenso vacío del espacio...

Tal sería la Luna, si como aseguran muchos careciese de esa envoltura húlica que recubre la masa sólida de los mundos. Pero debemos añadir que no todos los sabios participan de la misma opinión, y algunos admiten la existencia de una atmósfera aunque poco densa, y así mismo poco elevada, y sostienen, que, si bien es un hecho que no se ha notado refracción alguna de los rayos luminosos de las estrellas, al pasar rizando el borde del disco lunar, también lo es, que no está perfectamente determinado el diámetro angular de la Luna. Por otra parte, existe un hecho que tal vez confirma la existencia de atmósfera, siquiera sea sutil y muy baja.

Observando M. Larssadat el eclipse total del Sol de 1860, notó que los cuernos del cre-

ciente solar de la Luna se presentaban redondeados y truncados, y este fenómeno se explicaría por la desviación de los rayos solares al atravesar la atmósfera de la Luna.

Amadeo Guillemin, autor que más de una vez hemos citado en el curso de estos artículos, añade después de hacerse cargo de las razones y del hecho que apuntamos: «¿Es cierto que esa atmósfera esté confinada al fondo de las más bajas llanuras y de los cráteres más profundos? Nada prueba ni contradice esta hipótesis. Lo que sí es cierto, es que no se forma vapor alguno en la superficie de la Luna, que ni siquiera nube empañe jamás la pureza de su cielo; nubes, que por pequeñas que fuesen sus dimensiones, serían fácilmente vistas desde la Tierra.»

¿Podríamos concebir la Luna, habitada, dadas sus condiciones, aceptando la hipótesis de esa atmósfera tan baja y tan enrarecida, incapaz de todos modos, de llenar las funciones que ese elemento desempeña en la conservación de la vida, tal como aquí la comprendemos? No seremos nosotros por cierto los que intentemos resolver esta delicadísima cuestión, y dejaremos hablar al mismo Guillemin que á nuestro juicio la pone en su verdadero terreno.

Refiriéndose á la existencia de seres vivos y organizados en la superficie del satélite de nuestro mundo, dice: «Otros más atrevidos que nosotros cortarían sin duda la dificultad y se adelantarían á decir con gran probabilidad de ser creídos bajo su palabra, que no ser organizado no puede vivir sin aire y sin agua, y que las condiciones climatológicas de la Luna, son evidentemente destructivas para todo organismo. Por nuestra parte no les contradiremos, pero la razón de nuestra reserva no es ménos fácil de comprender.

Si antes de haber observado ninguno de esos innumerables seres vivos que pueblan las aguas de nuestro planeta, y antes de haber oído hablar de su existencia, á cualquiera le hubiesen dicho de pronto que es posible nacer, respirar y moverse en el seno de las aguas; si ateniéndose á la sola experiencia que le enseña que la inmersión prolongada en un líquido es mortal para todos los animales que vive, así como para el hombre mismo; sin duda alguna esta noticia le hubiera causado la más profunda sorpresa. Tal sería nuestro asombro, si se nos viniese á demostrar con pruebas irrecusables la existencia de seres en la superficie de la Luna. Y la naturaleza es tan variá en sus modos de acción y tan múltiple en las manifestaciones de su

poder, que por nuestra parte no vemos en esto nada de absolutamente imposible (1).»

Oigamos también á Flammarion sobre este mismo asunto, que creemos vale la pena. «... No nos atreveremos á poner en duda, y ménos aún á negar redondamente la existencia de los habitantes de la Luna: penetrémosnos de la idea de esa poder oíofito que en todas las condiciones posibles hace germinar millones de seres, desde las épocas más remotas de nuestro globo, y nos hallaremos con esta gran verdad: Los seres nacen en cada mundo, en correlación con su estado fisiológico.»

«Y para corregir un poco lo que esta asercion pudiera tener de demasiado afirmativa en lo que toca á los habitantes de la Luna, añadiremos: Si la parte visible de ese mundo no es mansion de la vida y de la inteligencia, el otro hemisferio puede serlo; si las regiones lunares no son hoy centros de vida y de actividad, lo fueron ya, ó lo serán en el porvenir (2).» Al pié de estas líneas, añade el autor una nota en la que por cierto no campea la imaginación. Dice así: «Habría algunas razones aparentes para creer que la Luna fué habitada en otros tiempos, y que no lo está hace cierto número de siglos. La observación telescópica nos pone de manifiesto en ella un astro del cual la vida se ha retirado. La teoría confirma este hecho, estableciendo que la pequeñez del mundo lunar, y su carencia de fluidos acuoso y atmosférico, han debido acelerar su enfriamiento, hasta el punto de que su calor originario hubiera podido perderse completamente por la libre dispersión en el espacio, ántes que la temperatura terrestre hubiera solamente disminuido para permitir la habitabilidad del hombre (3).»

Si detenernos más exponiendo la opinión de otros sabios distinguidos que han creído habitada la Luna, por parecernos muy justas las que acabamos de extractar; abandonemos ya esta cuestión, y supongamos sólo por un instante habitado el astro de la noche. ¿Qué sería para los selenitas (4) la Tierra? Un globo enorme suspendido constantemente sobre ellos, siempre fijo en su zenit; un gran disco muy brillante del cual recibiría trece veces más luz de la que la Luna nos envía á nosotros. Desde allí notarían también que la Tierra presenta fases semejantes á las que desde

aquí observamos en ella. Pero así como desde la Tierra vemos siempre la misma disposición en las manchas del disco lunar, nuestro globo visto desde allá ofrecería una variedad muy notable en las suyas. La misma cantidad de aguas que cubren su superficie, se distinguiría por su color verdoso, los continentes aparecerían con matices variados sobresaliendo en ellos ciertos puntos brillantes ocasionados por la nieve que corona las elevadas cordilleras de los Alpes ou Europa y los Andes en América; notarían así mismo el color amarillento de los vastos arenales del desierto africano y la deslumbrante nieve de los polos, tola esto sucediéndose continuamente; luego, las densas nubes, errantes viageras que cruzan la atmósfera, horridas en su parte superior por los rayos del Sol, más jaspeada allá con luz viva, blanca y uniforme, después esas nubes desaparecen como por encanto y se forman otras allí donde no las había.

«La movilidad, la variación perpetua del aspecto de la Tierra, habrá hecho pensar á los selenitas que nuestro globo está inhabilitado. En efecto; ¿es qué se fundarían, según ellos—las conjeturas favorables á su habitabilidad? Allí tienen su suelo sólido, eternamente estable, sobre el cual pueden vivir; y no ven nada del otro eu la Tierra; ¿Podrían existir seres racionales bajo esa capa atmosférica permanente, que envuelve el astro por todas partes? ¿O se loquita se ahogarían inmediatamente al caer en él. ¿Será tal vez sobre ese elemento volcánico que baña la mayor parte de la tierra? ¿Será sobre esas nubes que aparecen y desaparecen cien veces al día? Por otra parte, la Tierra gira con una velocidad tal, y es tal la inestabilidad á que están sometidos sus elementos. Todo lo más podrían creer que esos habitantes son seres sin peso alguno, traicionados, sin que se explique cómo, su centro entre el elemento fijo y el elemento móvil. ¿Cómo creer en semejantes existencias?»

«De modo que si los Selenitas son tan buenos filósofos como nosotros, tendrán ya desde hace mucho tiempo la certidumbre que la Tierra está inhabitable (1).»

Para el hemisferio que mira hácia nosotros puede decirse que las tinieblas de la noche no existen, pues así que el sol deja de bañarle con su luz, la Tierra le envía su blanca y viva claridad.

No sucede así con el hemisferio opuesto. Sus largas noches, iguales en duración á

(1) A. Guillemin.—*La Ciel*.
(2) C. Flammarion.—*Les mondes imaginaires et les mondes réels*.

(3) Op. cit.

(4) Habitantes de la Luna: vez compuesta del nombre griego *Seleno*.

(1) Flammarion.—*Les mondes imaginaires et les mondes réels*.

350 horas, no están alumbradas por ningún astro bienhechor; sólo el centelleo de las estrellas atravesando aquel cielo negro y profundo llega á hacer ménos lúgubres aquellos lugares.

Ultimamente se ha supuesto, si los elementos más densos que componen la Luna, habrían ocupado el hemisferio inferior en virtud de la atracción terrestre, quedando los más ligeros en el epuesto. Según esto podría haber aún allí atmósfera y líquidos, efloresciendo de este modo aquella parte condiciones más propias para la habitabilidad.

Esto no es más que una hipótesis, que tal vez se podría sostener con mayor ó menor número de argumentos; pero es dudable que se puedan presentar datos en que fundarla, en el estado actual de la ciencia.

En resumen: hoy se está en la duda de si exista ó no atmósfera en la Luna; unos, niegan absolutamente que haya allí tal fluido, fundándose en las razones que hemos apuntado; otros, como hemos visto también, sostienen que sí la hay, pero que es muy baja y sumamente útil; de modo que, aun en el caso de ser así, no sería suficiente para las funciones que ese fluido desempeña en la vida orgánica, según nosotros la comprendemos. No dejándonos, pues llevar por la imaginación, y teniendo en cuenta el principio que *cada ser está organizado según el centro donde debe residir*, debemos creer, que á estar habitado nuestro satélite; sus habitantes diferirían esencialmente en su modo de ser, no tan sólo de los que aquí viven, sino aun de los que meran en todos los planetas de nuestro sistema, ya que á todos estos se les ha reconocido la existencia del fluido atmosférico, diferente tal vez en su composición química; pero que debe conducirse allí de una manera análoga á nuestra atmósfera terrestre.

LEYES DE LA VIDA.

LA FATALIDAD Y LOS PRESENTIMIENTOS.

Problema moral.

Uno de nuestros corresponsales nos escribe lo siguiente:

«En el mes de setiembre último (1857) una pequeña embarcación que hacia la travesía de Dunkerque á Ostende, fué sorprendida por un río temporal durante la noche; zozobró

el esquife y de las ochenta personas que lo tripulaban, perecieron cuatrecientos; las cuatro restantes entre las que me encontraba, consiguieron mantenerse sobre la quilla. Pasamos toda la noche en esa horrorosa posición, sin mas perspectiva que la muerte, que nos parecía inevitable y de la que presentíamos todos las angustias. Al amanecer, el viento nos arrojó á la costa y pudimos llegar á tierra nadando.

«Por qué en ese peligro, *igual para todos*, sólo cuatro personas han sucumbido? Debeis saber que por mi parte es la sexta ó séptima vez que escape de un peligro tan inminente, y poco más ó ménos en iguales circunstancias. Estoy en verdad tentado á creer que una mano invisible me protege. ¿Qué he hecho para merecerlo? No le sé, soy de ninguna importancia ni utilidad en este mundo, y no me lisongeo de valer mas que los otros; muy al contrario. Hay entre las víctimas del accidente un digno sacerdote, modelo de virtudes evangélicas y una venerable hermana de S. Vicente de Paul, que iban á cumplir una santa union de caridad cristiana. Parece que la fatalidad representa un gran papel en el destino. ¿Acaso tendrían parte en ello los Espíritus? ¿Sería posible obtener de ellos, una explicación relativa á este objeto, preguntándoles por ejemplo, si son ellos quienes provocan ó desvían los peligros que nos amenazan?...»

Con arreglo al deseo de nuestro conresponsal, dirigimos las siguientes preguntas al Espíritu de S. Luis, que tiene la bondad de comunicarse cada vez que nos puede dar una instrucción útil.

1. Cuando á alguén le amenaza un peligro inminente, ¿es un Espíritu el que lo dirige, y cuando escapa de él, es también otro Espíritu que le desvía?—R. Cuando un Espíritu se encarna, escoge una prueba; al escogerla se crea una especie de destino que no puede ya evitar, una vez sometido á él: hablo de las pruebas físicas. Conservando el Espíritu su libre albedrío, así para el bien como para el mal, es siempre dueño de soportar ó rechazar la prueba; un buen espíritu al verle flaquear, puede venir en su ayuda, pero

no puede influir sobre él con el fin de dominar su voluntad. Un espíritu malo, es decir, inferior, sugiriéndole y exagerándole un peligro físico, puede conmovérle y asustarle, pero la voluntad del Espíritu encarnado no queda por eso ménos libre de toda traba.

2. Cuando un hombre se halla á punto de parecer por un accidente, me parece que el libre albedrío nada tiene que ver en ello. Pregunto pues, ¿si es un espíritu malo el que provoca el accidente y dalo caso que escape del peligro, si es un buen Espíritu que le ha ayudado?—R. El buen ó mal espíritu no puede mas que sugerir buenos ó malos pensamientos segun su naturaleza. El accidente está señalado en el destino del hombre. Cuando tu vida está en peligro, es una advertencia que tu mismo has deseado á fin de desviarte del mal y volverte mejor. Cuando escapas de ese peligro, baje la influencia todavía del riesgo que has corrido, piensas más ó ménos en mejorarte seriamente, segun si la acción de los buenos Espíritus ha sido más ó ménos fuerte. Si viene el Espíritu malo (digo malo atendiéndole el mal que aun hay en él), entonces piensas que escaparás de igual modo en los demás peligros, y de nuevo dejas desencadenar tus pasiones.

3. La fatalidad que parece presidir á los destinos materiales de nuestra vida, sería pues efecto de nuestro libre albedrío?—R. Tu mismo has sido el que has escogido la prueba: cuanto mas dura es y mejor la sobrellevas, tanto mas te elevas. Aquellos que pasan su vida en la abundancia y en la dicha humana con Espíritus cobardes que permanecen estacionarios. Así es que el número de los desgraciados supera en mucho al de los felices de este mundo, atendido á que la mayoría de los Espíritus buscan la prueba que mas pueden aprovecharles. Demasiado ven la fatilidad de vuestras grandezas y de vuestros gozos. Por lo demás, la vida mas feliz es siempre agitada y perturbada, aunque solo fuera por la ausencia del dolor.

4. Comprendemos perfectamente esta doctrina, pero eso no nos explica si ciertos Espíritus tienen una acción directa sobre la

causa material del accidente. Supongamos que el momento en que un hombre pasa sobre un puente, éste se desploma. Quién le ha impulsado á pasar por el puente?—R. Cuando un hombre pasa sobre un puente, que debe desplomarse, no es un Espíritu quien le impulse á pasar por él, sino el instinto de su destino que le conduce allí.

5. ¿Quién ha hecho romper el puente?—R. Las circunstancias naturales. La materia encierra en sí sus causas de destrucción. En el caso de que se trata, necesitando el Espíritu recurrir á un elemento extraño á su naturaleza, para mover fuerzas materiales, preferirá la intuición espiritual. Así pues, debiéndose romper el puente, porque les aqueja tales naturales haudeseuido los materiales que lo componen, y el orin ha cerrado las cadenas que le suspenden, el Espíritu, digo, insinuará primero al hombre á que pase por este puente que hacer desplomar otro bajo sus pies. Por otra parte, tenéis una prueba material de lo que edelanto: cualquiera que sea el accidente, siempre surge naturalmente, es decir, que las causas que se enlozan unas á otras lo han traído insensiblemente.

6. Tomemos otro ejemplo en que la destrucción de la materia no sea causa del accidente. Un hombre mal intencionado tira sobre mí y la bola me roza, pero no me toca, puede un Espíritu benévolo haberla desviado?—R. No.

7. ¿Pueden los Espíritus advertirnos directamente de un peligro? Hé aquí un hecho que parecería confirmarlo: Una mugersalió de su casa y siguió la calle. Una voz íntima, le dice: Márchate y vuelve á tu casa. Ella titubea.

La misma voz se dejó oír repetidas veces y entóces vuelve atrás; pero cambiando de parecer, se dijo: ¿Qué tengo que hacer en mi casa, si acabo de salir en este momento? sin duda es un efecto de mi imaginación. Entonces continuó su camino y á los pocos pasos una viga que sacaban de una casa, le batió en la cabeza y la derribó dejándola sin conocimiento. ¿Qué voz era aquella? Era acaso un presentimiento de lo que iba á suceder á esa muger?—R. La del instinto; por otra parte,

ningun presentimiento tiene tales caracteres, siempre son vagos.

8. ¿Qué entendéis por la voz del instinto?

—R. Entiende que el Espíritu, antes de encarnarse, conoce todas las fases de su existencia; y cuando éstas tienen un carácter marcado, conserva una especie de impresión en su fuere interno, impresión que, despertándose cuando el peligro amenaza, viene á ser un presentimiento.

Observación. Las explicaciones precedentes tienen relación con la fatalidad de los sucesos materiales. La fatalidad meral está tratada de un modo completo en el LIBRO DE LOS ESPÍRITUS.

ALLAN KARDEC.

Á MIS CORRELIGIONARIOS DE BARCELONA.

Permitidme, mis buenos hermanos, carísimos amigos, que desde Alicante os envíe afectuosamente, y que envuelto en esta salud vaya una recomendación en la que pueda valer á interesar á vuestro corazón y al amor que profesáis á la propaganda de la doctrina revelada.

Mirad como encabeza la REVELACIÓN de Alicante. Aquellas cortas líneas deben demostraros hasta la evidencia los laudables esfuerzos que nuestro dignísimo presidente y director D. Manuel Ausó ha hecho y está dispuesto á practicar en aras del bien de la humanidad.

Circunstancias no previstas interrumpieron por algun tiempo la publicación de nuestro periódico, pero creciéndose el Sr. Ausó en su amor al espiritismo y en sacrificios al cumplimiento de los compromisos contraídos, ni un minuto vaciló en subsanar cuantas dificultades se presentasen para que los suscritores á la REVELACIÓN no carecieran de los números que faltaban para cumplir el año que acaba de fenecer. La tarea se lleva á cabo, y precipitándose rápidamente las publicaciones, bien pronto se verá coronada su desear y el deber ineludible que se había contraído por la empresa de dicha Revista.

Pronto empezará el nuevo año de 1874. Bien sabéis lo costosas que se hacen las publicaciones de esta índole, y al propio tiempo ne ignoráis cuánto nos debemos á todo interés que en beneficio del cumplimiento de nuestros deberes espiritistas atañe. No será, pues, una audacia por parte mía pedirlos, el que recomendaré á todos nuestros queridos hermanos de esa, nuestra laudable publicación, y que manifestándose áfectos á la propagación de nuestras convicciones, siempre dispuestos estéis á recomensar á los iniciadores de, peusamientos, que mas que nosotros, nos sugieren los buenos amigos del mundo invisible, para que la luz se difunda y el pensamiento humano se impresione á las benéficas máximas del cristianismo.

Vuestra cooperación, será un justo tributo, una expresión de recompensa que dispensareis á nuestro infatigable hermano y director.

Si mis relaciones, mi compañerismo y la honra que me cabe de ser humilde colaborador en le que mis débiles e insignificantes fuerzas me permiten, y el acendrado amor que profeso á la inspiración de Ultratumba, son títulos suficientes para despertar en vosotros mayor interés en favor de la REVELACIÓN de Alicante y puede predisponeros mas para que continúeis en vuestras suscripciones á la misma y os llame mayor interés la vida del periódico; yo desde el fondo de mi alma os envío la expresión de mi anticipada gratitud y el profundo cariño y agradable recuerdo que á todos profesa vuestro hermano y leal amigo,

LUIS MESTRE.

DICTADOS DE ULTRA TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA
DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Medium A. Lauri.

IDEA DE DIOS Y DEL PROGRESO DEL ESPÍRITU.

Para el espíritu todo es infinito; para Dios nada hay sobre él.

El espíritu ascendiendo, y en esta ascensión lleva

tras al perispiritu, que cuando menos tiene y mas se aleja del mal, mas pronto llega á Dios, á la mansion de la dicha, al espacio de la pureza, y allí se envuelve en su luz divina. Luz que no es como la que vosotros definís, un cuerpo eminentemente sutil, imponderable é incoercible etc. y que es todavia demasiado grosero. La que emana del espíritu sublime, es infinitamente sublime en perfeccion; hé ahí el cuerpo perfecto, y el espíritu elevándose consigue envolverse en él, pero sin poseerle jamás.

— ¿Llega á desaparecer el perispiritu?

— El perispiritu desaparece.

— ¿Entonces se pierde la individualidad?

— El espíritu sublime se manifiesta por sí. El pensamiento es uno, sin necesidad de encerrarse en materia alguna.

— Cuanto crea, cuanto concibe, lo concibe y lo crea á la altura de su belleza.

— La luz es materia.

— La luz no desaparece.

— La forma, la individualidad, la crea el espíritu á medida de su imaginacion.

— Reacciona sobre la voluntad.

— Si pudierais leer mi pensamiento, notendriais necesidad de signos para comprenderme.

— Ya veis que cuando seamos puros, seremos una individualidad sin forma pero compensamiento.

— ¿Y como se compensa?

— Se compensa por la luz.

— ¿Y como se ilumina?

— Se ilumina por la verdad.

— ¿Y como se alcanza?

— Se alcanza por la caridad.

— ¿Y como se logra?

— Se logra por la fe.

— ¿Y como se consigue?

— Se consigue por la esperanza.

— ¿Y como se alcanza?

— Se alcanza por la caridad.

— ¿Y como se logra?

— Se logra por la fe.

— ¿Y como se consigue?

— Se consigue por la esperanza.

— ¿Y como se alcanza?

— Se alcanza por la caridad.

— ¿Y como se logra?

— Se logra por la fe.

— ¿Y como se consigue?

— Se consigue por la esperanza.

— ¿Y como se alcanza?

— Se alcanza por la caridad.

— ¿Y como se logra?

— Se logra por la fe.

— ¿Y como se consigue?

— Se consigue por la esperanza.

— ¿Y como se alcanza?

— Se alcanza por la caridad.

de paz y gloria. Ayudad al progreso que os ha de conducir, no lo dudeis, al puerto de salvacion.

EUSA.

Medium J. Perez.

La limosna espiritual consiste en pedir á los buenos preces y oraciones, así como el pobre en esa vida pide una miserable moneda al rico, para calmar sus duras necesidades materiales. Yo sufro mucho, soy un pobre espíritu á quien toca en esta vida de ultra-tumba espiar el mal uso que hice de mis riquezas, ó mejor dicho, de mi desahogada posicion.

Fui muy egoísta, y quise muy poco ó nada á las personas que me dieron el sér. Hubiera podido muy bien aborridos trabajos, privaciones y necesidades, ya que eran unos pobres ancianos que nunca se atrevieron á pedirme un pedazo de pan, y se dejaban morir de necesidad, porque sabian que no les hubiera socorrido.

Ni apenas sé darme cuenta de tanta crueldad para con mis padres, y ellos, sin embargo, tan buenos que murieron bendiciéndome.

En esta vida se encuentran perfectamente felices; ahora les toca ser ricos y yo pobre.

Se portan bien conmigo, porque la riqueza espiritual es mas dadivosa, mas noble y generosa que la material.

Rogad á Dios por mí.

EL DEBER Y LA JUSTICIA.

(Barcelona Marzo 1870.)

Medium M. C.

Vengo hablaros de la justicia, vengo hablaros del cumplimiento del deber. Deber y justicia, hé aquí todo el verdadero catolicismo, el catolicismo evangélico. Practicad la justicia, la justicia con todos los hombres y en todas las circunstancias de la vida; cumplid el deber con todos nuestros hermanos, los séis todos de la creacion, y en todos los instantes de la vida, estareis de lleno en el cristianismo universal, en el catolicismo cristiano.

El deber es la ley fundamental de todos los mundos, de todo el universo, de todos los séis, de todos los mundos y de todos los del universo. Cuando practicais el deber, estais como Juan el Evangelista, reclinados en el seno del divino Maestro, que no hizo otra cosa que sacrificar la

existencia corporal al cumplimiento del deber. Dios, el buen Dios anunciado por Cristo, á todos los hombres, no exige mas de vosotros que el cumplimiento de su ley, esto es el cumplimiento del deber, y la práctica constante y desinteresada de la justicia. Justicia! hé aquí la otra piedra angular del edificio católico, del edificio universal. Cumplir con la justicia, practicarla con todos los seres de la creación, distribuirla igual y desinteresadamente entre todos ellos, es realizar la obra suprema de la vida, es cumplir toda la ley y los profetas, pues atemperais vuestra conducta al amor de vuestros semejantes. S. Pablo y S. Juan, verdaderos comentadores de Cristo, lo dijeron: Amaos unos á otros, y cumplireis la Ley. Amar, es unirse á los seres á quienes se ama y juntamente á Dios. Entónces os trocáis en seres amantes, entonces os comunicais, como deis vosotros. Practicad, pues, la justicia; cumplid el deber; sed católicos cristianos, es decir, puros evangelistas, y ayudareis á Dios en la obra de la universal regeneración de todos los mundos, y directamente en la renovación de la faz de la tierra.

Que la paz del Señor sea con vosotros, que su inspiración descienda sobre vosotros, que ilumine vuestras inteligencias, fortifique vuestros Espíritus, y os guie constantemente en la práctica del bien y en la adquisición de la verdad.

ENRIQUE PEREIRA.

A CADA DIA LE BASTA SU TRABAJO.

Paris 12 de octubre de 1869.

Amigos míos, permitidme daros un consejo que las circunstancias presentes justifican.

Estais reunidos para elevar juntos vuestra alma hacia Dios; y para pedirle os ayude á fin de progresar espiritualmente é intelectualmente. Le rogais que os envíe sus mensajeros y que os dé por su mediación consejos provechosos. Esto es muy bueno, y es el verdadero medio de alcanzar un grado superior á aquel que habeis conseguido por vuestros esfuerzos anteriores. Pero no consiste todo en pedir buenas instrucciones, es preciso ponerlas en práctica.

Esto mismo os ha sido dicho muchas veces, y al parecer osigo hoy en una repetición fastidiosa. De qué es la culpa, os pregunto. ¿Es mía, ó más bien es de aquellos que, despegados de haber aceptado con entusiasmo una doctrina, que tiene por objeto hacerles comprender las verdade-

ras enseñanzas de Cristo, se conduce en la práctica de la vida absolutamente como lo hacia antes? ¿Qué digo! no sólo obran así en las circunstancias ordinarias, sino que quieren tambien tener el monopolio de lo bueno, de lo bello y de lo justo; no admiten que pueda hacerse el bien verdadero por otros que por ellos. ¡Ah! ciertamente son culpables esos á quienes no basta que el bien se haga, sino que pretenden ser ellos los solos detentores de aquel.

Sabeis cual es el objeto del Espiritismo. Debe hacer á los hombres mejores é inculcarles creencias conformes á la razón, y al buen sentido, y que al mismo tiempo estén más en relación con la infinita perfección del dueño de los mundos.

Debeis tener sin cesar, el bien ante la vista, y esforzaros en hacer partícipar de él á vuestros hermanos más avanzados que vosotros.

Cualesquiera que sean sus creencias, pueden hacerse mejores sin que acepten completamente las vuestras, y este mejor es quizá el solo progreso que les permite, en su presente existencia, el estado de adelantamiento de un espíritu.

Debeis confirmarles en las ideas justas que están dispuestos á aceptar parcialmente, y no desanimarlos queriendo forzarles á penetrarse de toda la verdad.

Pensad que en cada día le basta su trabajo, y que las verdades del Espiritismo que os parecen hoy tan sublimes, no serán para vosotros, dentro de algunos siglos, sino los primeros elementos de los escolares. Por esto es conveniente que tengais cuenta de la debilidad moral relativa de una parte de vuestros contemporáneos, y que no os obstineis en hacerles cumplir un progreso para el cual no están preparados. Contentaos con multiplicar vuestros esfuerzos para conducir á cada uno de vuestros hermanos, á que dé un paso más en la via del adelantamiento moral, y estad persuadidos de que, obrando así, no habeis saltado á vuestra misión.

Vuestra generación no está destinada á ver en el Espiritismo la creencia general.

Pero su misión es la de preparar las vias á este grande acontecimiento, y obrando así prevencionalmente, como os lo aconsejo, y siguiendo las disposiciones de cada uno, la cumplireis en la medida de lo posible.

UN ESPIRITU.

VARIEDADES.

A MI ÁNGEL TUTELAR.

Rosa celeste, lámpara bella
que resplandeces en mi dolor,
mística antorcha, pura centella,
faro sagrado, fulgida estrella,
nave segura, puerto de amor.

Per qué en mis noches, por qué en mis sue-
ya no te miro resplandecer (nos)
cual otros tiempos en que risueños,
de los espacios altivos dueños
íbamos siempre por donde quier?

Ya no contemplo sobre mi frente
tus extendidas alas de luz,
cual rica tienda resplandeciente
que el dulce sueño de un rey de Oriente
guarda del cielo bejo el capoz.

Ya no percibo mi pensamiento
de tu grandeza la inspiración,
ni oigo arrobado tu blando acento,
ni aquí en mi frente tu beso siento,
ni aquí en mi pecho tu corazón.

Ven, bello Númen, ven genio santo,
cruza el desierto, llega hasta mí;
tiende la noche su negro manto
de las palomas el dulce canto.
Cruza la selva, llega hasta aquí.

Vogan tranquilas por los espacios
como bageles de puerto en pos,
cien mil estrellas, cien mil topacios,
místicos mundos, santos palacios,
que á los que sufren destina Dios.

En la profunda region vacía
pulsas el Eterno su gran laúd;
sobre los mundos en calma pia
vierte las urnas de la ambrosia
el ángel santo de la quietud.

Calma propicio mi afán intenso;
ven á los ayes de mi dolor,
como columna de suave incienso,
como carroza de sol inmenso,
como fragancia, como fulgor.

Por qué no vienes? Si al ver un día

la ciudad santa donde naci
caer al peso de guerra impia,
con los penates del alma mia
que idolatraba con frenesí

Pulsé la lira de los furores
llamé á la Musa que el odio dá,
hoy olvidando negros rencores
el arpa santa de los amores
bajo mis dedos resuena ya.

Perdon oh genio! perdon demandó,
perdon espera mi corazón:
gime el Calvario, sangre manante;
«perdon» murmura, y un eco blando,
«perdon» repite, «perdon, perdon.»

Ángel custodio del alma mia,
de mis pesaros acude en pos;
que ya desciende la noche humbría,
abre sus puertas de luz el día,
despierta el mundo y alaba á Dios.

SALVADOR SELLÉS.

A LOS SUSCRITORES MOROSOS.

Toda idea nueva como la que sostiene-
mos, necesita ante todo para su propaga-
cion, una mina de oro con que sostener el
medio de hacerlo; siendo necesario, de todo
punto necesario, que todos cuantos desinte-
resadamente se hallan interesados en que
se arraigue en la conciencia del pueblo la
verdad de nuestra doctrina regeneradora y
moral, contribuyan con un grano de arena,
y de este modo, llegará el día en que el
edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente á
aquellos de nuestros suscritores que se ha-
llan en descubierto con esta Administracion,
se dignen remitir lo que á la misma adeudan
á la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieron, como lo esperamos, les
quedaremos agradecidos y en caso de no
efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de
remitirles LA REVELACION hasta tanto que
avisen ó manden su imperie.

ALICANTE.—1873.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE

Vicente Costa y compañía,
SAN FRANCISCO, 21.